

ULTIMA LECCION DEL PROFESOR BUENAVENTURA BASSEGODA



DICTADA EN SU CÁTEDRA DE LA
ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR
DE ARQUITECTURA
EL DÍA 2 DE JUNIO DE 1966

*Si tantos endiosados hacia el ocaso van:
es justo que lo alcance cualquier pelafustán.*

Al cabo de cuarenta y seis años de vida docente oficial, en la Facultad de Ciencias, primero, y luego, en este Centro, no puedo zafarme de desarrollar la postrera lección. Pero, todos sabéis que, a despecho de mi obligación en la cátedra, no soy amigo de dar lecciones, sino que, al correr de la existencia, siempre estuve cordialmente dispuesto a recibirlas.

Toda postrimería altera la función del centro vasomotor y provoca estenosis en las arterias. A Santa Teresa, cuando abandonó la casa paterna, le parecía que le crujían todos los huesos. Al dejar, por imperio de la ley, esta mansión solariega, sólo experimento íntima melancolía, que el placentero recuerdo desvanecerá como humo dormido. Porque *recordar* es vocablo de dulce perfil etimológico; significa *volver a pasar por el corazón*.

En cuanto hay cazuela, todos nos sentimos un poco histriones. Mas, no temáis una tragedia. Queden sus alcarraras y aspavientos para los que se dicen a sí mismos *genios* y no pasan de *faranduleros*. Cual advertía el caballero de espadilla, señor de la Torre de Juan Abad:

Mira que hay fuego artificial farsante
que es humo y significa las estrellas.

No he de pasar de la tragicomedia, donde entre veras y burlas, se desarrolla una tesis intrascendente.

La jubilación puede definirse así: estado en el que descansan muchas personas inteligentes, al cumplir los setenta años, y que no toleran quienes creen que el mundo no puede seguir sin ellos.

En nuestros días, se da un hecho singular. Cierto es que todo pasa. Con los lustros, las facultades vitales menguan. El horaciano *laudator temporis acti* es mero síntoma de la progresiva extinción sensorial. Pero, comprobamos que aumenta el número de hombres que llegan a proyecciones en condiciones sicosomáticas aprovechables, sin sufrir apenas achaques, molestias ni falencias que logren entenebrecer el ambiente civil de su circunstancia. Esto es la *agerasia* o sea la útil ancianidad, con la cual la vida larga se hace amable. Aunque sea también imprescindible que resulte *amable para los demás*.

Por desgracia, todos conocemos carcamales, ríspidos como cardo ajonjero, con ansias vivas de profazar del prójimo y echar palo en candela de la capciosa difamación. Se dice que un colega cascarrabias, al empezar la jornada, no

anotaba en su agenda los previstos visorios a los tajos, sino los nombres de las personas a quienes se proponía fastidiar o mortificar.

En definitiva, que todos recorreremos la vida con el deseo de llegar a viejos y, en siéndolo, no queremos parecerlo. Que al hombre la vejez sorprende niño bitongo. Las placas seniles que salpican el cerebro nos rodean de un halo de puerilidad. Y dado que ya no sentimos los ardores de la audaz juventud, de nuevo somos, en cambio, vasallos de las inquietudes de la infancia, con sus berrinches y pataleos.

Al saltar a las tablas desde el palco de proscenio, he podido observar las reacciones de alergia de muchos de los que pisan el umbral de setentón. Y confieso que he mirado con sincera y cabal simpatía a quienes, en ocaso académico, cuando el clásico *solve senescentem* les manda a escardar cebollinos, se muestran *taludos*, es decir, por llevar largo tiempo anclados con recias estachas a una cátedra, hallan dificultad en dejarla y apetece apurar la cráter hasta las zurrapas. Intento, además, prodigarles frases de consuelo, inspiradas en la olímpica carrera de la antorcha. *Quasi vitae cursores lampada tradunt*. Los jóvenes avanzan con ademán triunfal y recaban un lugar al sol y su parte en el botín. El mundo marcha y, con noble talante, a la juventud debemos dejar franco el acceso al camino que otrora nosotros hallamos expedito. Ella tiene derecho a forjar su propia personalidad y, al efecto, no le ha de faltar *inteligencia*, que es la potencia del alma mejor distribuida, puesto que todos estamos satisfechos con la propia.

Y, por otra parte, el arte de jubilarse no consiste simplemente en retirarse de una actividad, sino en que el emérito sepa acogerse a otra, con gustos de ambrosía. Que la afianzada maestría *mutatur, non tollitur*. Tal como esta vida terrena, que es una mala posada, se cambia, pero no se pierde, si morimos fieles al Señor.

El candor que, a las veces, ostenta la inmarcesible senectud, al pasar por el trance de la jubilación, resulta irrisorio por franca comicidad.

Hay el caso del comprofesor que, al recibir el oficio con la orden ministerial de despido por edad, se presentó al director y, para demostrarle que se hallaba en forma, dióle una exhibición de saltos, por cierto, muy poco atléticos.

Otro emérito reciente se resignaba, por prescripción facultativa, mascullando: — Es que el médico me dijo que, a mis años, no puedo hacer lo mismo que a los veinticinco. Ese doctor acreditó, en verdad, una estupenda sagacidad clínica.

Un tercer jubilado rezongaba: — Pena da que te arrumben cuando conseguiste contemplar la vida con máxima experiencia y madurez. Cosa hay que hice y, ahora, no haría. — Eso, repuse, se lo he oído decir a algún casado.

Gracias a Dios, yo puedo mostrar, sin pena, reconcomio ni añoranza, mi nada despreciable coranvobis, con el panículo adiposo, que es *privilegio de bondad en el hombre y de fidelidad en la mujer*. Digo, como Jesús a sus apóstoles, al andar sobre las aguas del Tiberiades: *Soy yo. No os asustéis*. Texto evangélico que caería bien al pie de algún retrato, obra de pintor de mala mano.

Presumo de haber tenido acá muchos y excelentes amigos. Y no de que carezco de enemigos, porque he dicho la escueta verdad a todo el mundo y he procedido con la que, a mi ver, era estricta justicia. Mas, a tales inevitables enemigos, les cabrá la dicha de poner la puente de plata al que se marcha.

La reina Cristina de Suecia, discípula de Descartes, luego de hacer a éste víctima de una pulmonía, que pilló en una de sus lecciones de amanecida, a la hora del lubricán, abandonó el poder y acuñó una medalla en la que campaba la corona real, orlada por el exergo: *Non mi bisogna e non mi basta*.

Si santa Teresita de Lisieux suspiraba por ir al Cielo, para, desde allí, cubrir el haz de la Tierra con una lluvia de rosas, yo he esperado, impaciente, la hora de acogerme al lazareto de las clases pasivas, sólo para poder empapar con un sutilísimo cernidillo de gratas memoranzas la Escuela de mis amores, en la que traje prendida el alma desde la dorada mañana de mi vida.

En el itinerario por los eriazos del cotidiano bregar y por los frondosos jardines de Academos, los placeres son por onzas, los pesares por arrobas. El buen padre Nieremberg decía que los placeres huyen a uña de caballo. Razón de más para galopar tras ellos. Pero, al fin de la jornada, en la penumbra verde, hay que hacer alto, para otear la senda recorrida. Y reconocer la cordura de uno de nuestros egregios pensadores al proponernos:

Seamos actuales; mozos, al tiempo debido y, luego, espectros o sombras fugaces. Lo decisivo es que llenemos hasta los bordes la hora caminante, que seamos, en el ánfora grácil, el buen vino que rebosa. Hombres encanecidos en el estudio son los que mayor bien han sabido labrar para su patria y no quienes, zoilos de pacotilla, se dedican sólo al cernido del patriotismo de los demás.

Mi labor docente está cumplida. Y, sin vanidad, puedo afirmar que no me avergüenza. Formé gran empeño en enseñar, no a pompa, no como el pastor asalariado, a quien no importan las ovejas del redil, sino con hondo sentido humano, con paternal espíritu caritativo. La Escuela se tragó mis precipuas actividades, cual la cervática o *mantis religiosa* devora al macho en pleno espasmo de amor. Y de ello no ando arrepiso, porque en mi función, estuve arreo convencido de que quien trae a los jóvenes al estricote, para ocuparse en las cosas que él llama *serias*, es un consejero deliberadamente pernicioso. La misión única de la Escuela consiste en capacitar y preparar para la honesta vida profesional. Cual si fuera un asiduo tratamiento hormonal. Que *hormona* quiere decir incitación. Y que ningún alumno se dé por aludido al llamarle *Incitatus*, que tal es el nombre del caballo al que Calígula hizo senador.

Nada de hablar de bóveda de una ciencia que es docto ignorar, ni de un arte, que no se puede enseñar ni aprender. El aparato de erudición degenera en armatoste de pedantería. En cambio, despojar de énfasis las lecciones, para infundirles un hábito de alacridad, de vida jocunda y latiente.

La grandeza del sabio estriba en acercarse a la Naturaleza, que es más perfecta que la cultura. El animal está más cerca de Dios que el hombre perverso. *Il faut s'abêtir*, clamaba Pascal. Aun admiramos hoy obras de artistas de alma primitiva, con rudos caracteres paleolíticos.

Al hilo de la susodicha norma, ceñí a lo fundamental el contenido de mis enseñanzas, para no enfadar a los oyentes, administrando con discreción el relámpago de la anécdota, con el intento de recuperar la atención vagarosa. Acudí al poste cada día y prodigué, después de clase, el diálogo sobre los puntos que hubiesen quedado confusos, sin ocultar jamás la luz bajo el celémín. Y mientras lo permitieron la euforia y las ocupaciones complementarias, ineludibles para llenar la taleguilla de la sal, gocé de la compañía de los discípulos en visitas a tajos y obras y en viajes de estudios, tan provechosos para la formación escolar. Incluso, por complacer a los alumnos, llegué a explicar clases en catalán. Sólo durante quince días, porque los mismos que pidieron el uso de nuestra lengua vernácula, confesaron no entender el catalán hablado con corrección.

En fin, mi quehacer magistral se cifró sólo en ser un estudiante más. ¡Y aún, para los estudiosos, quedan tantas cosas que estudiar! Frente al *semper docentis*, lema que parece regir a muchos profesores de nuestras Escuelas Superiores, quise resucitar el viejo precepto de las Universidades medievales: *semper discit*.

Resultado de tales métodos didácticos fue el logro de una evidente cordialidad y simpatía, que mis alumnos no se recataban de manifestar a la continua. Por cierto, que estas relaciones amistosas llegaron a constituir un peligro para mí, cuando un director general de Enseñanzas técnicas me llamó para amonestarme, diciendo que me hacían malquistado del Ministerio, el cual atribuiría a mi influjo cualquier actitud de rebeldía escolar que se suscitara en las aulas.

De ahí que, al sonar la hora de la despedida, quiero saludar con fervorosa predilección a cuantos fueron mis discípulos y a quienes, de por vida, no podré olvidar. Si hubo, por desdicha, algún caso excepcional de ingratitud o felonía, de él no quiero acordarme y deseo desmentir a Lope, el cual, con su lancinante y tardío desconsuelo, afirmaba:

La vida se perdona al homicida
y aun el honor, con ser de tanto precio,
pero la ingratitud jamás se olvida.

Eso sí, a todos les suplico con encarecimiento que me perdonen si, contra mi voluntad, de higos a brevas, les invitara con mis tostonas a un ledo letargo, porque, al fin y a la postre, a nuestro Padre Jesús, bajo la luna de Nissan, en la almazara de Getsemaní, también se le durmieron los discípulos.

A la muchachez estudiosa me atrevo a dirigir una parénesis moral. Porque los viejos pretendemos dar consejos a los jóvenes, dado que ya no podemos darles malos ejemplos.

Se viene a los ojos que, en el período de entreguerras, un crecido número de nuestros hombres mejores se malograron por el cansancio de tener que emplear sus facultades arcangélicas contra los toscos púgiles de la creciente entropía del *plebeyismo*, el más insufrible de los déspotas, purulenta secreción de almas rencorosas, que destila un tumor de crueldad, rayana en sevicia.

Este pensamiento viene de paleta para evocar una estampa retrospectiva de los sañudos y atroces ataques que hubo de padecer nuestra *alma mater*, por parte de quienes la miraron con ojos que de pitañas se pagan y lanzaron contra ella escupitajos de ponzoña, tachándola de antro de hosco misonéismo y de total degeneración.

En aquellos borrascosos años treinta, la ofensiva contra la Escuela no se inspiró en una clara y justa doctrina social, la rútila oriflama de Le Corbusier, sino que mostró sombras y lejos de una rígida política, que acertaríamos a llamar *de campanario*, que no respondía a su raíz de civilidad. Ortega y Gasset repudiaba tal política por mentirosa, o como él decía, finústico, por disciplina de insinceridad. Se quiere que la filosofía sirva a la política, escribía el perspicuo ensayista. El intelectual que va de bracero con la política se cruza con la filosofía, desdeñosa matrona de bandera, y no puede hacer más que mirarla con ojos de langostino. Al filósofo político le pasa lo que a Platón, quien salió, ingenuo, a reformar el estado del tirano Dionisio y, poco tiempo después, tuvieron que rescatarlo en un mercado de esclavos. Mientras las muchedumbres fueron pazguatas y los filisteos de la cultura tuvieron el hábito de predicar y escribir lo que no pensaban, la pugna surgió espontánea y de estampía. Nietzsche, el arrollador Atila, que se expresaba con la sutileza de un ateniense, afirmó que la valía del individuo es directamente proporcional a la distancia que media entre su mente y el rebaño de Panurgo. Nada gana el espíritu en captarlo todo con mísero sentido lineal, sin amplitud ni profundidad, en pretender que todos los gatos sean pardos, para poder gobernarlos a placer como un sagitario.

La fuerza obsidional y el retingle de las armas otrora empleadas para debelar la torre albarrana de este Centro, que ahora ya ha cumplido noventa y un años de servicio, radicaron en codicia de un calvinista proselitismo a ultranza, de un monólogo intolerante y disolvente, a base de tópicos con humos de heterodoxia. Dijo San Pablo a Timoteo: «Porque vendrá tiempo que muchos sentirán comezón de escuchar y acumularán una caterva de maestros según su capricho y, cerrando el oído a la verdad, lo aplicarán a oír patrañas». Y atar las lenguas de los malditos maldicientes era lo mismo que coger agua con harnero.

En el campo científico, que es el mío, la campaña contra la Escuela hubo menester de un chivo expiatorio. Como tal, se ofrecían, pintiparadas, las Matemáticas, cual espejo y cifra de inutilidad.

Cuando hacía mis pinitos profesionales, se me brindó ocasión de asistir a una Asamblea nacional de Arquitectos, en la que se debatía el tema de la propedéutica de la carrera. El ponente lo apuró, concluyendo: — *Las Matemáticas no sirven para nada*. Es obvio que se refirió a las que él sabía.

La manía de contraponer teoría y práctica, pensamiento y acción, especulación y pragmatismo suscita a cada paso la prioridad de la gallina o el huevo. Y no será ocioso poner de manifiesto a los *puros* y a los *utilitarios* lo infundado de su recíproco desprecio y de su orgullo respectivo.

Una noche serena, Thales de Mileto, absorto en la contemplación del firmamento constelado, mientras caminaba, dio con sus huesos en un hoyo y una vieja se rió a casquillo quitado de su falta de visión de las cosas de la Tierra. De mirar al cielo nació la astronomía y esta ciencia, *inútil* al parecer, hizo posible la navegación, que descubrió nuevos continentes y fuentes de riqueza. Toda la historia de la Ciencia es la de una constante y monumental simbiosis entre la *Matemática* y la *Técnica* y tan impertinente re-

sulta que aquélla reniegue de su origen empírico, como que ésta pretenda ignorar todo lo que debe a la primera. La Geometría que, según evoca su nombre, tuvo origen en problema tan material como el deslinde y medición de heredades, terminó siendo el edificio racional más bello y perfecto que ha construido el pensamiento humano. Y ¿quién había de decir a Apolonio que sus lucubraciones sobre las cónicas sirvieran, diez y nueve siglos más tarde, a Kepler para descubrir las leyes que rigen el movimiento planetario? Y ¿quién había de decir a Kepler que sus investigaciones constituían la base en la que Newton había de apoyar su deducción de la ley de la gravitación universal? Y ¿quién podía barruntar a la sazón que aquel cálculo de fluxiones, que Newton ideara para el estudio de algunas cuestiones mecánicas, era nada menos que la delicada vena de agua en la azacaya que vertió el impetuoso caudal fecundante de toda la técnica de los siglos XVIII y XIX? El *cálculo infinitesimal*, prototipo de la economía de pensamiento, que Mach juzgara misión científica primordial. Las curiosas y, en opinión de muchos, *inútiles* investigaciones de Bernoulli y Laplace sobre juegos de azar, se convirtieron, al correr de los años, en el cálculo de probabilidades, instrumento matemático idóneo para expresar el indeterminismo de la Física moderna.

Durante muchos siglos, se intentó la demostración del postulado de Euclides y, al encauzarlo hacia la apagoge o reducción al absurdo, empezó la edificación de la geometría no euclídea, la cual, nacida como escoria residual de un vano empeño, resultó para Einstein el esquema adecuado para crear la terriblemente fecunda teoría de la relatividad.

El optimista inolvidable, Julio Rey Pastor, honra y prez de la Matemática española, cuyos textos tuvo la oportunidad de introducir en nuestra Facultad, reconocía que no falta quien opina que el rigor, es decir, la precisión y la claridad, son exigencias del matemático puro, y que la mente del técnico puede llenarse con vanos juegos de palabras, de sabor metafísico, que disimulen la oscuridad del pensamiento. Repasemos las antiguas definiciones de curva, de tangente, de diferencial, de infinitésimo y, después de larga cavilación sobre los puntos consecutivos de una curva, sobre la diferencial que ni es cero ni tiene valor ninguno, sobre los infinitésimos que se desprecian sin alterar la exactitud del resultado, deberemos descansar en la fe y aceptarlo todo como dogma. Al cabo del tiempo, se pusieron en claro todos estos conceptos; la Matemática dejó de ser metafísica para hacerse aritmética, es decir, clara, sencilla, limpia de nebulosidades y exenta de discusiones. Pues bien, nadie como el técnico, que ha de manejar realidades, debe ser exigente en claridad y precisión. Nada más lejano de la Metafísica que el hierro y el hormigón. Al presente, las relaciones entre la Ciencia pura y la aplicada son cada día más íntimas, recíprocas y rápidas.

Al llegar aquí, resulta inexcusable la alusión, saturada de cariño, a la impar personalidad de Esteban Terradas Illa, dechado del magnífico connubio de la ciencia con el técnico, quien durante más de un cuarto de siglo, fue prócer de la alta Matemática y autor de obras tamañas de ingeniería. Einstein le reconoció como el hombre extraordinario, que superó a todos sus colegas. Pero un tribunal sectario, integrado por los que un pintoresco alcalde que fue de esta ciudad llamaría *medianerías*, cuando el sabio había alcanzado el cénit del prestigio ecuménico, le cerró el acceso a la cátedra de Ecuaciones diferenciales de la Universidad central. Al saberlo, el eminente profesor Young, exclamó: — *Inaudito díslate. Están locos los españoles*.

Allende de lo dicho, ya fuera de nuestro campo, la enorme variedad de formas de las diatomeas llevó a Möbius a la convicción de que, en la génesis de las especies, el principio de utilidad, o sea de adaptación al medio, no ha representado el papel decisivo que la teoría de Darwin le atribuye. La utilidad no crea, no inventa, sólo aprovecha y estabiliza lo que sin ella fue creado.

Creedme: no se es poco práctico por tener una buena base teórica, sino, en todo caso, por hacer mal uso de la misma. Y, en definitiva, los únicos conocimientos que jamás se aplican son los que no se tienen. Hoy, el técnico que ignora la Estadística matemática es un parálisis en su camilla.

En mis tiempos de estudiante, se rechazaban las Matemáticas, porque todo lo indispensable para los cálculos se hallaba en los formularios, panacea del técnico; hoy, la acedia mental pretende retrepase en el regazo de la Cibernética, que el Señor envía en nuestro auxilio, como antaño los ángeles a San Isidro.

Mas, procedamos con espacio. Al presente, ante las calculadoras electrónicas estamos un poco como el párvulo con un juguete nuevo, cuyo funcionamiento le deja estupefacto. Cual dicen los franceses, *comme une poule qui a trouvé un couteau*.

Una computadora sólo puede hacer aquello que previamente está en la mente del que la utiliza, mediante un programa que se le impone y en el que está indicado, con todo pormenor, el proceso operativo que debe seguir. La máquina, no obstante, tiene facultad discriminadora para modificar automáticamente el orden en que se verifican los cálculos, como consecuencia de los resultados intermedios. Las características positivas más importantes del cálculo electrónico son la enorme velocidad operativa y la infalibilidad. Ayuda al hombre en sus tareas mentales y le substituye en el trabajo que hasta ahora se confiaba a especialistas.

Todos tenemos la tendencia innata a rebelarnos, por principio, a la idea que un mecanismo pueda realizar funciones hasta ahora privativas de la mente humana y miramos con recelo los sistemas de inteligencia sucedánea. ¿Poseen inteligencia la computadora, el diccionario automático y la máquina elaboradora de información? Depende de lo que llamemos inteligencia. Si como tal reputamos el calcular y el razonar lógicamente, la respuesta es afirmativa. Pero, nada de descubrir leyes científicas ni excogitar ensayos filosóficos. La esencia del intelecto creador es inherente a la persona humana.

Las máquinas *docentes* se emplean para contestar preguntas y resolver problemas, con la solución verdadera junto a otras erróneas. Así se obtiene información respecto a lo que captan los alumnos con errores de concepto, en análisis inmediato delante de toda la clase.

La misión docente tiene dos objetivos: enseñar ideas concretas y enseñar a pensar. Para lo primero sirven las máquinas docentes. Con la eliminación de parte del tiempo necesario para inculcar ideas, ya no ocurrirá que, en las Escuelas técnicas superiores, tantas cosas haya que aprender, que no queda tiempo para discutir.

Es natural que el hombre se vea desbordado en la mecánica intelectual por las máquinas que ha creado, lo cual corre parejas con las transformadoras de energía, que realizan un trabajo físico del que somos incapaces.

Lo siento por los proclives a la pigracia del entendimiento, pero *todavía* no hemos conseguido abolir la función insubstituible de la humana inteligencia. Queda hartamente deteriorado el argumento Aquiles contra la didascalia científica. Sólo sigue en pie el andamio de la fraseología, grata a los mercaderes de estridencias estéticas. Es curioso que muchas de sus parábolas en imágenes sugestivas no resistan el análisis de una sana crítica.

Se ha repetido hasta la saciedad que hemos de aprender del ofidio a dejar, sin resquemor ni nostalgia, la funda transparente del ayer, para escurrirse, mondo y lironde, hacia el nuevo día. Pero, las flamantes y diáfanos epidermis sucesivas acusarán siempre el *cuerpo* del reptil, sin más alteración que la de su crecimiento. El hábito no hace el monje.

En el gran mensaje de una nueva arquitectura se invita a sacudir el árbol del Arte, para que caigan todos los frutos *podridos*. Pero, éstos ya caen espontáneamente a su tiempo y, con el zarandeo, se desprenderán los frutos *serondos*, que son los más dulces y sabrosos, y sólo quedarán los *verdes*, para que los desdeñe la zorra. *Non tibi sunt integra lintea*.

Yo abrigo la esperanza — no sé por qué las esperanzas siempre han de ser tan frioleras — que, acá, la comunión de maestros y discípulos, serena, horra de prejuicios y radicalmente propensa a los limpios anhelos de una justa y congruente palingenesia, en la línea de la socialización científica, del decantado *aggiornamento*, se aperciba, sin temor ni altanería, a la legítima defensa de su penesecular acervo cultural, según la fórmula de Schopenhauer; defensa frente a los enemigos extraños, defensa frente a los enemigos interiores y, por fin, defensa frente a sus propios defensores. Porque a éstos hay que exigir que cuanto bueno deban hacer, lo hagan con toda el alma. Cual Pigmalión, enamorado de su hechura. Para que no se les pueda increpar, con Paul Claudel: *Y los que veis, ¿qué hicisteis de la luz?...*

En esta hora jubilante, que Dios ha querido hacer jubilosa, deseo dedicar un recuerdo emocionado a los que fueron mis maestros, extintos unos, vivos aún, por dicha, otros. De todos ellos guardo la enseñanza y el ejemplo en el ostugo más recóndito de la entraña noble.

Y también he de rememorar con deleitoso gusto a los colegas que fueron mis condiscípulos, testigos de horas coruscas en los verdes años de las fantasías y de los afanes juveniles. Oraciones para los finados y abrazos a los supérstites.

La recordación del conjunto, hartamente numeroso, de los antiguos alumnos, ha de merecer, como antes dije, un lugar señero en el ambiente de esta efeméride. Entre tantos, destaco a mis vástagos, Ventura y Juan, quienes ya han asumido con brillantez, el deber de superar al padre, que de ellos se siente orgulloso. Que me perdonen mis dóciles, si no logré dedicarles toda la atención de que eran dignos. Si más hubiera sabido, más les ofreciera...

Os pido sólo unos segundos para invitaros a rendir pleitesía a Clotilde, mi oísla, que con tanta dignidad y elegancia, supo tolerar que la Escuela se trocara en mi comeleza. La esposa ha sido, para mí, agudo acicate en las bonanzas y dulce consuelo en las procelas. Y con eficacia sin par, contribuyó a hacer llevaderos el dolor y la pesadumbre por el tránsito de tenazón de la gentil María Clotilde, la hija en quien adoraba, que el Señor me dio y, apenas núbil, se llevó a su gloria.

Dicen que el esquimal define su persona por el alma, el cuerpo y el nombre. Yo llevo un apellido ilustre, con toda la grandeza y toda la servidumbre que esto entraña. En la presente solemnidad debo evocar a quienes lo magnificaron.

Fui y sigo siendo el más devoto admirador de mi padre, preclaro patricio barcelonés, de raigambre ampurdanesa; con su mirada vivaz y su barba de minorita, era paradigma de cortesía y amistad, católico a macha martillo, conferenciante disertado, ameno conversador, humanista y alarife de alto bordo, polígrafo de estilo claro y ágil, erudito historiador de la joya ojival de Santa María de la Mar.

Y, ¿qué decir de mi tío y padrino, D. Joaquín? Nacido en La Bisbal, saturado de bondad y sabiduría, fue, por los felices años veinte, director prudente de esta Escuela, de la que era, desde 1889, catedrático de la misma asignatura que yo hasta hoy he desempeñado. Hombre pulquérrimo, ecuánime y puntual en todos los actos de su larga vida, fueron gala de su carácter la rectitud y la sindéresis. Como D. Munio, *ome bien letrado, que por un rico condado non quería mentir*.

Con sus ejemplares virtudes, mis antepasados en la dinastía dejaron huella y rastro de apóstol, guía de constelación que ignora el ocaso, blanca y luciente estela de navío sobre el zarco espejo de la mar en calma. Vivir es volver y, ahora, con el altísimo poeta gibelino, parafraseo: *l'ombre loro tornano, ch'erano dispartite*. Y que ainde ellas sigan cobijándome. Digno y justo será también exaltar la valía de mi hermano primogénito Pedro Jorge, experto colega, egregio poeta y doctísimo escoliasta de las medievales *Ordenacions d'en Sanctacilla*, derecho consuetudinario catalán, henchido de sensatez, que, por fin, ha sido incorporado al Código civil vigente.

Al desgajarme de este Centro, opiné que la mejor despedida podía consistir en ofrecerle, al modo de los profesores de las *Technische Hochschulen*, un trabajo de investigación. Por gentileza del Director, la Escuela lo ha editado como publicación de la misma. El vocabulario de *equivalencias catalanas en el léxico de la construcción* ha sido lanzado a la disputa del mundillo tecnológico, siquiera su tomo insignificante no le permite satisfacer la exigencia de aquel lector tricubital, quien, de puntillas, pedía a la pizpireta bibliotecaria:

— Por favor, un diccionario.

— ¿Cuál? ¿Latino, francés, alemán?

— Da lo mismo, con tal que sea muy lomudo. Es para sentarme encima.

Creo yo que ya llegó el instante de decentar mi última lección a la paz de Dios.

Pero, me siento pachucho y ya está viejo el alcalce para zampoñas.

Mi última y humilde lección se polariza en el hecho que, al llegar al término de mi pacto sinalagmático con el Estado, me veáis capaz de hacer mutis por el foro, con jovial ademán y los labios entreabiertos por el ancha sonrisa del deber cumplido.

Laudetur Jesus Christus